

Antoni Puigverd

El barro que nos une

(*La Vanguardia*, 25 de marzo de 2019).

Se acercó un hombre de semblante serio y pelo blanco. “¿Te acuerdas de mí? Me sentaba a tu lado en el pupitre de la clase del señor Clares”. El señor Clares era el maestro de La Bisbal que preparaba a los niños de 9 a 12 años. Republicano, como Victòria Vigo, su mujer. Expedientados, humillados, grandes maestros. El chico que se sentaba a mi vera ya está jubilado. Se llama Miguel Guillén y es hijo de Cuevas Bajas, el pueblo del que proceden la mayor parte de los bisbalenses de origen andaluz.

Miguel, que reside en Palafrugell, me explicó que trabajando de albañil (oficial, encargado y finalmente empresario) ha alzado muchos bloques de pisos en el Empordà. También ha construido con sus manos muchas casas trabajando los domingos: la de sus padres, la suya y la de sus hijos, entre otras. Los litros de sudor que Miguel ha derramado sobre la tierra ampurdanesa pueden ser igualados; superarlos es imposible. Habla un catalán muy jugoso, en el que cierto deje andaluz se mezcla con los arcaísmos ampurdaneses. Mientras nosotros recordábamos los años de infancia, el alcalde de La Bisbal, Lluís Sais, y el de Cuevas Bajas, Manuel Lara, festejaban una plaza dedicada a este pueblo andaluz.

Los discursos de los alcaldes y los de la concejal Maite Bravo, alma del acto, glosaban la importancia del tejido civil que fabricaron en La Bisbal los catalanes de origen y los que llegaron entre los años cincuenta y setenta procedentes de aquel pueblecito malagueño junto al Genil. Una buen número de ciudadanos de Cuevas Bajas acompañaba a su alcalde en la visita oficial a La Bisbal y abrazaban a parientes y amigos de aquel tiempo, ahora catalanes de derecho y sentimiento. Los alumnos de la Escola de Cobla Conrad Saló tocaron unas sardanas. También se bailaron sevillanas. Los ceramistas Joan Raventós y David Rossell explicaron el sentido del mural que están realizando para decorar esta plaza, con barro procedente de ambos pueblos. Las tierras de La Bisbal y Cuevas Bajas uniéndose para refundar la belleza.

Después plantamos un olivo de Cuevas Bajas en el jardín de la biblioteca y durante la comida de hermandad, la hija de Miguel, Laura Guillén, la Bicha, y su cuadro de Palafrugell cantaron y bailaron flamenco puro. Ahora bien, el gran protagonista de la fiesta fue otro Manuel Lara, tío del actual alcalde de Cuevas y uno de los hombres más importantes del antifranquismo ampurdanés. Manolo Lara, que ha publicado libros sobre el heroico periplo de los andaluces de Cuevas en La Bisbal, ha trabajado obsesivamente para que esta plaza sea el símbolo de la fusión.

Manolo era el mayor de una familia numerosa sin padre. Nacido en la posguerra “en una Andalucía donde sólo había torronteras de hambre, miseria y calamidades”, acompañaba a su madre de noche para reunir cuatro aceitunas, algo de grano. Emigró a Alemania, desde donde pudo pagar las deudas de su madre y ayudar a sus hermanos. Más tarde, como tantos otros cueveños, recaló en La Bisbal. Conductor de camiones, llegó muy arriba en su empresa, mientras participaba en la lucha antifranquista con el PSUC. Toda su vida es un ejemplo de compromiso: familiar, social, político. Habla un catalán de acento andaluz y ha sido el alma del hermanamiento entre los dos pueblos. Sostiene que la emigración andaluza tiene un componente político, ya que los familiares de los rojos y los republicanos, en las zonas rurales andaluzas, eran sometidos al pacto del hambre y nunca eran contratados como jornaleros. A pesar de la dureza de su vida

no ha cultivado el resentimiento y ha favorecido siempre el diálogo, la deferencia, la inclusión.

Ahora bien, apenas hubo presencia de catalanes de origen en la fiesta de la plaza (salvo los concejales, la colla sardanista y unos militantes de izquierdas). Entre los asistentes, un compañero de los viejos tiempos cuyo nombre no mencionaré. Trabajador de fábrica ya jubilado, militante de izquierdas por lealtad a su familia andaluza. Como tantos luchadores anónimos, trabajó más por la democracia y el catalanismo en el Empordà que muchos de los que ahora blanden la estelada. Hablaba con tristeza. “Volvemos a ser vistos como extraños. Algunos dicen que somos un obstáculo para la independencia”. Seguramente es una anécdota poco representativa, pero el solo hecho de que estas ideas circulen se carga el esfuerzo de fusión por el que tantos hemos peleado.

Este compañero no abandonará la idea inclusiva de país por la que luchó. No abrazará la posición antagonista que contribuye a dividir tanto como la otra. Sólo manifestó tristeza y resignación, ni siquiera un reproche. No quiere tener que elegir entre los dos barro que conforman el mural de su vida (al igual que el barro de Cuevas modela la mía: sin los olores, los acentos y los juegos de aquellos amigos de niñez, yo sería otro). Los obligan a elegir entre el padre y la madre, entre uno y otro barro. Callando, eligen.

Quien ha empujado Catalunya en esta dirección ni conoce el país ni ama a sus gentes. Simplemente cree, como es propio del nacionalismo, que el país es una finca; y que la finca es suya.